LA IGLESIA, SUJETO DE LA FE

JUAN AGULLES ESTRADA
Profesor Facultad de Teología
Valencia

Resumen

De los tres ámbitos que implica la comunicación de la fe: el mensaje revelado, la comunidad que lo transmite, y el mundo al que es anunciado, este artículo analiza el segundo: la Iglesia, comunidad de creyentes, desdoblado en seis temas. 1º. Relación entre Palabra de Dios, Iglesia y Escritura. 2º. La Iglesia: comunidad que escucha, cree y anuncia el evangelio. 3º. Integración de la fe personal en la fe de la Iglesia: la fe en su expresión eclesial. 4º. Relación entre acto y contenido de la fe. 5º. Repercusión del misterio revelado en el lenguaje de la fe. 6º. Inseparabilidad entre doctrina, vida y culto, y profesión y realización de la fe.

Summary

The transmission of faith implies three elements: the revealed message, the community which transmits it and the world to which it is announced. This article analyses the second of these areas i.e., the Church a community of believers; and can be divided into six topics. 1) The relationship between the Word of God, the Church and Scripture. 2) The Church: a community which listens, believes and announces the gospel. 3) The integration of personal faith in the faith of the Church, i. e. faith understood as an ecclesiastical profession. 4) The relationship which exists between the acts and contents of faith. 5) The repercussions which the revealed mystery has on the language of faith. 6) The inseperability implied between doctrine, life and worship, profession and realization of faith.

La comunicación de la fe implica tres realidades: el mensaje revelado que la suscita, la comunidad que la transmite y el mundo al que se le anuncia. Así lo enseña el texto clásico de Rom 10, 12–15: "Uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que lo invocan, pues todo el que invoca el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo creerán sin haber oído de él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?".

Aquí se va a tratar de la Iglesia, comunidad de creyentes, que han escuchado el evangelio, lo han acogido mediante la fe y son enviados a

Revista Española de Teología 49 (1989) 145–160

anunciarlo a los hombres. La Iglesia, comunidad de fe, puede ser considerada en dos momentos distintos: el del anuncio primero del evangelio del que nace la comunidad primitiva y el de la transmisión del evangelio en las generaciones sucesivas. En el primer caso el anuncio precede y suscita la comunidad; en el segundo, es la comunidad la que realiza el anuncio. La Iglesia crece por la adhesión de nuevos creyentes que han recibido la palabra de Dios que ella les ha anunciado.

La Iglesia tiene su origen en la persona y la obra de Jesús y en la comunicación del Espíritu Santo el día de Pentecostés al grupo de discípulos que habían convivido con el Señor y fueron hechos testigos de su resurrección al recibir el Espíritu que él les envió de parte del Padre. Por eso los Apóstoles son a un tiempo germen de la Iglesia y origen de la jerarquía [1]; en ellos comienza la Iglesia y se inicia el ministerio. Ellos fueron los primeros discípulos y los primeros pastores; los primeros en profesar y proclamar la fe en Jesucristo, y en cuidar de la fe y la vida de las comunidades. Sólo la comunidad congregada por Jesús y reunida en el Espíritu Santo fue testigo inmediato de la revelación. Desde entonces los hombres han recibido la fe cristiana por la mediación de la Iglesia; el acceso a Jesús sólo es posible a través de la comunidad de los creyentes en él.

Se entiende, pues, que hablar de la Iglesia, cuando se aborda el tema de la comunicación de la fe, es insoslayable. La transmisión del mensaje es impensable al margen de la Iglesia. No es posible la comunicación de la fe sin comunidad creyente que no transmita la fe. Cada día se repite en diversos ámbitos y de distintos modos la historia de los primeros discípulos: "Hemos encontrado a Cristo. Ven y verás. Y le condujo a Jesús" (cfr. Jn 1, 41–42; 45–46).

Decir que la Iglesia es sujeto de la fe es una afirmación con múltiples vertientes. En ella están implicadas:

- la relación entre palabra de Dios, Iglesia y Escritura.
- la comprensión de la Iglesia entera como comunidad que escucha, cree y anuncia el evangelio.
- la integración de la fe personal en la fe de la Iglesia: la fe como experiencia eclesial en el Espíritu de Jesús.
- la relación entre el acto de fe y el contenido de la fe.
- las repercusiones de la trascendencia del misterio revelado en el lenguaje de la fe.
- la inseparabilidad de la doctrina, la vida y el culto en la profesión y anuncio de la fe.

1 Concilio Vaticano II, *Ad Gentes* 5. En adelante los documentos del Concilio se citan con las siglas habituales: DV = *Dei Verbum*; LG = *Lumen Gentium*; UR = *Unitatis Redintegratio*.

1. *Palabra de Dios, Iglesia y Escritura*

La Iglesia es una comunidad de creyentes; la fe en Dios, revelado en Jesucristo, es su principio generador. La fe es respuesta obediente y confiada del hombre al Dios que se revela para manifestar y comunicar el misterio de su ser. Si la palabra de Dios acogida por los primeros testigos de la revelación dio origen a la Iglesia, hoy sólo es posible escuchar esa palabra por medio de la Iglesia. Sin la Iglesia desconoceríamos incluso la existencia del evangelio. En efecto, el evangelio es conocido en el mundo porque ha habido hombres que han creído en él y han sido sus testigos con la palabra y la vida. La Iglesia, como comunidad de creyentes, es elemento constitutivo del acontecimiento de la revelación; sin la Iglesia no habría huella de la revelación en la historia. Una palabra dicha en el vacío se habría perdido al no hallar eco. La Iglesia es el testimonio vivo y permanente de que la palabra de Dios ha resonado y actuado en el mundo y ha arraigado en la historia. La Iglesia es criatura de la palabra de Dios, ha sido plasmada por ella.

La relación entre palabra e Iglesia y, en consecuencia, entre fe y comunidad creyente responde a la naturaleza íntima de la palabra de Dios. Por ser palabra eficaz, que realiza lo que anuncia, su fuerza salvífica asegura la existencia de una comunidad en que se recibe y proclama la salvación. Se puede afirmar que no hay Iglesia sin la palabra de Dios que la convoca y la reúne en la fe, como no hay palabra de Dios sin la comunidad que la escucha. La Iglesia es, pues, portadora de la revelación de la que ha sido testigo en sus orígenes y en la que siempre ha creído. Sin la Iglesia no es posible la tradición viva de la fe; ni el mundo puede recibir la fe en Jesucristo. La Iglesia que permanece una y la misma a través de la historia es el verdadero sujeto de la fe.

El hecho de que la Iglesia sea el sujeto de la fe muestra la ilegitimidad de cualquier pretensión individual o de grupo de constituirse en portadores de la fe al margen de la comunión eclesial, o de considerar la Escritura sola como transmisora exclusiva de la revelación, desarraigándola del contexto vital en que fue escrita y en el que sólo es posible su comprensión actual. El Espíritu que inspiró la palabra bíblica es ahora quien la descifra en la Iglesia. Porque es él quien mantiene la identidad de la Iglesia, que confió su experiencia a los escritos neotestamentarios, con la Iglesia que ahora los lee e interpreta, reconociendo en ellos su propia historia. La Iglesia no es para el creyente una mera instancia externa de su fe, que le orientaría para una recta relación individual con Dios, sino la comunidad creada por él como sacramento de su presencia en el mundo; por ella los hombres alcanzan la unión con Dios y se unen entre sí en

la común confesión de fe, en la celebración del misterio de Cristo y en el testimonio de una vida en servicio de los hombres. El creyente experimenta la Iglesia no como límite o frontera sino como lugar de comunión creado por el Espíritu, donde recibe el don de la filiación divina y de la fraternidad cristiana.

El reconocimiento de la Iglesia como sujeto y mediadora de la fe ha sido siempre considerado como elemento esencial en la transmisión del evangelio, y es un legado irrenunciable de la Iglesia indivisa, conservado fielmente en las Iglesias de oriente y de occidente, donde se ha mantenido sin quiebra hasta la Reforma. Desde entonces se ha convertido en un rasgo distintivo del catolicismo en relación con el protestantismo, hasta el punto que en los momentos de extrema confrontación confesional ha llegado a oscurecerse, en el ámbito del catolicismo, la justa y tradicional relación entre la Escritura y la Iglesia. Afortunadamente el Concilio Vaticano II ha supuesto un reencuentro con la tradición en cuanto concierne a la vinculación indisoluble entre la palabra de Dios y la Iglesia, entre la Iglesia y la Escritura.

La palabra de Dios es la semilla que ha engendrado a la Iglesia por la acción del Espíritu Santo. Pero la Iglesia es anterior a la Escritura; es la matriz en la que se ha formado el testimonio de la fe eclesial recogido en la palabra inspirada de la Escritura. No es un texto literario el que ha dado origen a la Iglesia, ni puede ahora nutrir su fe; sino la palabra de Dios que resonó en los orígenes y ahora se escucha en la palabra de la Escritura proclamada en la Iglesia. El carácter normativo de la Escritura está fuera de duda; pero su valor único e insustituible radica en el hecho de ser testimonio de la fe de la Iglesia apostólica. La exigencia de ser fiel a sí misma lleva a la Iglesia a reconocer el lugar único que le corresponde a la Escritura como expresión de la fe de la comunidad de la que procede y con la que se identifica.

H. Schlier [2] señala como decisivo, entre los motivos de su entrada en la Iglesia católica desde el protestantismo, el descubrimiento de la mediación eclesial en el texto mismo de la Escritura. La fidelidad al método histórico-crítico aprendido de sus maestros (a quienes profesó siempre una fidelidad inconmovible) le condujo al descubrimiento de la Iglesia. El texto bíblico muestra, en efecto, las huellas del desarrollo de la fe dentro del medio eclesial en que fue escrito. Por eso la fidelidad al principio de la Reforma -*Scriptura sola*- exige la aceptación del principio del catolicismo. La revelación divina se transmite mediante la tradición viva, de la que la Escritura es testimonio permanente y normativo. El recono-

2 Cf. H. Schlier, "Kurze Rechenschaft", en: V. Kubina-K. Lehmann (edit.), *Der Geist und die Kirche. Exegetische Aufsätze und Vorträge* (Friburgo 1980) 275-6.

cimiento de la Iglesia como portadora de la revelación reclama la aceptación de la fe, por el hecho de ser testimonio de la Iglesia apostólica. Tal aceptación es parte integrante de la fidelidad de la Iglesia a sus orígenes.

2. *La Iglesia, comunidad de creyentes, sujeto de la fe*

Antes de cualquier consideración sobre los diversos ministerios y carismas en la Iglesia o de la posible distinción entre Iglesia docente y discente (no siempre exenta de ambigüedad) está la comunidad creyente, la Iglesia entera, en la que se integran todos los creyentes. Toda la Iglesia es sujeto de la fe en cuanto que escucha y proclama, recibe y transmite la revelación de Dios. En la Iglesia todos "viven el misterio de *comunión* en un recíproco *dar y recibir*" [3]. Los mismos apóstoles "están sujetos a ese movimiento pendular de escuchar y transmitir, de recibir y dar, dentro del misterio de comunión de la Iglesia. Antes de ser ministros de la palabra revelada a la comunidad creyente han escuchado y creído en esa misma palabra" [4]. Así son a la vez los primeros discípulos y los primeros maestros; y no dejan de ser discípulos, cuando enseñan a la comunidad.

No se puede disociar la Iglesia docente de la discente. Ni compete exclusivamente a la primera la capacidad de iniciativa; ni la segunda es mera receptora. El magisterio eclesiástico tiene el oficio de interpretar auténticamente la palabra revelada [5]; pero quienes lo ejercen "son ante todo miembros de la comunidad creyente, ejercen su misión desde *dentro*, participan de la fe y de los carismas de toda la totalidad de los fieles" [6]. Y la llamada Iglesia discente no está destinada a mantener una actitud sólo pasiva frente al magisterio, sino que participa, como pueblo de Dios, de la función profética de Cristo [7]. El Espíritu Santo que asiste al magisterio eclesiástico en el ejercicio de su oficio [8] es el mismo que suscita y sostiene el sentido de la fe por el que el pueblo de Dios, bajo la guía del magisterio, se adhiere indefectiblemente a la fe [9]. Cristo realiza su función profética "no sólo por medio de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su potestad, sino también por medio de los laicos, a quienes por ello

3 A. Antón, "La comunidad creyente, portadora de la revelación", en: L. Alonso-Schoekel (ed.), *Concilio Vaticano II. Comentarios a la constitución "Dei Verbum" sobre la divina revelación* (Madrid 1969) 335.
4 *Ibid.* p. 333.
5 DV 10.
6 Antón, o.c., p. 335.
7 LG 12.
8 DV 10.
9 LG 12.

constituye en testigos y los instruye con el sentido de la fe y la gracia de la palabra" [10].

La aspiración de Moisés: "ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el Espíritu del Señor" (Num 11, 29) se ha realizado en la Iglesia en la que todos los fieles han recibido la unción del Santo [11]. Se puede decir que la fe es una experiencia comunitaria de Dios, en la que se supera a la vez el riesgo de la pura subjetividad y la tentación del fixismo doctrinal porque se sustenta sobre las bases puestas por Dios mismo: el acontecimiento único e irrepetible de Cristo del que da testimonio la Escritura, el sentido de la fe de todo el pueblo de Dios que ha recibido el Espíritu y el magisterio de quienes han sido puestos por el Espíritu para regir el pueblo de Dios. La verdad ha sido entregada a toda la Iglesia, no a una parte de ella; pero cada uno ha recibido su propio carisma para bien común. No es legítimo usurpar funciones, ni dejar de reconocerlas en quienes las ejercen legítimamente. No puede convertirse en exclusivo o excluyente lo que es complementario.

El sentido de la fe no se puede confundir con el sentido común general de cada época, ni la fe con la objetivación de un sentimiento o convicción personal [12]. Sobre la verdad de la fe sólo se puede llegar al consenso viviendo en comunión con la Iglesia y confrontando el sentido de la fe con el contenido de la fe recibida. El Espíritu recuerda e introduce en la verdad de Cristo, no enseña una verdad nueva. Por eso la referencia y confrontación con la Escritura es elemento esencial para el mantenimiento de la fe de la Iglesia; la Escritura y la tradición son norma e instancia crítica permanente para la Iglesia, que está siempre bajo la palabra de Dios. Tampoco el magisterio está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve; ni enseña más que lo que se le ha confiado a la Iglesia [13]. El ministerio es "responsable de la realización de la recta relación entre la comunidad de creyentes y el contenido de la fe que le ha sido previamente dado, así como de la realización de la recta comunicación dentro de la Iglesia" [14].

La unidad de la fe no se consigue por formulaciones uniformes ni por acuerdos mayoritarios ni por decisiones autoritarias. Si el testimonio de los laicos no es un mero reflejo del magisterio, ni el magisterio un simple notario que sanciona el consenso establecido por la llamada base eclesial,

10 LG 35.

11 LG 12.

12 Sobre los criterios para el discernimiento de la fe eclesial: el Espíritu dado a toda la Iglesia, la Escritura y el magisterio, puede verse W. Kasper, *Introducción a la fe* (Salamanca 1976) 160-172. De él nos servimos.

13 DV 10.

14 W. Kasper, o.c., 166.

se impone la "ortodoxia dialógica" [15]. La concepción dialógica de la ortodoxia nace de la convicción de que la verdad en la iglesia se halla en la comunión que crea el Espíritu y que exige el reconocimiento de los carismas y del ministerio que él mismo suscita y ha establecido. "El magisterio tiene también que iniciar y estimular la formación del consenso, seguirla críticamente y sobre todo señalarle continuamente su único fundamento y su permanente medida, la verdad de Dios en Jesucristo" [16]. Si la verdad cristiana no fuera históricamente concreta, si no hubiera una boca y una voz que la expresaran concretamente, no habría tampoco testigos auténticos de la verdad. Sólo a través de la voz del ministerio eclesiástico puede la Iglesia hablar de modo concreto y vinculante [17]. Un magisterio desarraigado de la comunidad eclesial se volvería ineficaz y difícilmente aceptable; una comunidad de espaldas al magisterio quedaría a la deriva.

3. *Fe personal y fe de la Iglesia*

El sujeto de la fe no es un yo individual, sino el yo de la Iglesia, en la que se integra el creyente. La fe es adhesión personal al Dios vivo que se realiza en el corazón y profesan los labios del creyente; pero por su realización y estructura tiene carácter eclesial. La fe viene por la audición (Rom 10, 17), se recibe por mediación de otros. La comunicación interhumana por la que un hombre escucha a otro hombre es el ámbito en el que se establece el diálogo entre Dios que se autorrevela y el hombre que le escucha y acoge en la fe. Y así quien accede a la fe se une con quien la anuncia en el yo de la Iglesia, constituido por el Espíritu Santo, "que es uno y el mismo en la Cabeza y en los miembros, y vivifica, unifica y mueve el cuerpo entero [18]. En la comunicación de la fe es Dios quien se nos comunica, porque "Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella" [19]; y así reúne en la unidad a quienes en él creen y de él viven, porque vive en ellos y ellos viven en él.

La fe del cristiano es participación en la fe de la Iglesia porque el anuncio del misterio de Cristo es creador de comunión entre quienes reci-

15 *Ibid.* p. 170: "Se es ortodoxo y eclesial mientras se esté dispuesto a mantenerse en diálogo con la comunidad eclesial, mientras se reconozcan sus enunciados en su pretensión vinculante y se los acepte como una interpelación, a la que se le concede una posibilidad real frente a las propias convicciones subjetivas de la fe". Sobre la ortodoxia dialógica ver p. 169 ss. y también W. Kasper, "Die Kirche als Ort der Warheit", en: *Theologie und Kirche* (Maguncia 1987) 267 ss.

16 W. Kasper, *Die Kirche*, p. 267.

17 *Ibid.* p. 267.

18 LG 7.

19 S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* 1, 10.

ben el mensaje y quienes lo anuncian, y mediante ellos con Dios mismo: "lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a fin de que viváis en comunión con nosotros. Y está comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 3). En el momento en que el hombre acepta la fe anunciada por la Iglesia entra a formar parte de ella, porque Cristo lo incorpora a la Iglesia, que es su cuerpo, por el don del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, que es la intimidad de Dios, es quien da a conocer al hombre quién es Dios (cf. 1 Cor 2, 10–12), suscita y mantiene la fe de cada creyente (1 Cor 12, 3), une interiormente el cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12, 13) y de ese modo hace que cada fiel participe de la experiencia de toda la Iglesia.

El anuncio y aceptación de la fe por medio de la Iglesia implica una propuesta externa del evangelio, la expresión conceptual de los dogmas y la profesión del Símbolo; nada de ello redunda en detrimento de la libertad de la fe, que es parte esencial de la misma. En un proceso de interiorización el creyente se va apropiando de la fe de la Iglesia, guiado por la acción del Espíritu, en una adhesión creciente al misterio de Cristo, en que las mediaciones externas no son obstáculo sino encaminamiento hacia la Verdad que hace libres (Jn 8, 32, 36). En la vida de comunión eclesial el cristiano se entrega en obediencia y libertad al Dios que le ha mostrado su amor en la entrega del Hijo y el don del Espíritu. El vigor y el crecimiento de la fe exigen una vida de fe que se despliega en la oración personal y comunitaria, en la lectura y meditación de la Escritura, en el servicio a los hermanos, en la responsabilidad en la vida civil, en la fidelidad en la vida cotidiana. Compartir la fe de la Iglesia no es participar de unas mismas ideas sino vivir en todas las dimensiones de la vida las exigencias del don de Cristo y en comunión con él.

El Nuevo Testamento no conoce cristianos sin Iglesia; como tampoco sabe de otra Iglesia más que de la que existe en las comunidades concretas de creyentes en Cristo. Escuchar y creer el evangelio, adherirse por la fe y el bautismo al Dios que se revela en él e integrarse en la Iglesia son momentos del proceso en el que Dios se acerca al hombre y le comunica su vida.

4. *Acto de fe y contenido de la fe*

El acto de fe (*fides qua*) es indisociable del contenido de la fe (*fides quae*), el misterio de Cristo. Cuando se habla de la fe de la Iglesia se significan dos cosas: es ella quien realiza en plenitud el acto de fe; a ella se le ha confiado el depósito de la fe. Se puede decir que la fe no existe "en sí misma", aunque la realidad fundante del acto de fe que es la misma realidad creída –Dios en su misterio– existe por sí mismo y es origen de todo

lo que existe. La fe es siempre una fe vivida por la aceptación del evangelio. Poseemos los testimonios neotestamentarios de la fe en Cristo porque hay una comunidad que creyó en él. El testimonio del creyente se convierte en anuncio para el que todavia no cree.

Si la transmisión de la fe está asegurada por la promesa de Cristo que permanecerá con la Iglesia hasta el fin de los tiempos y el envía su Espíritu para que anuncie el evangelio hasta los confines del mundo, no es indiferente al cumplimiento del encargo recibido el modo en que la Iglesia es sujeto de la fe. En la medida en que se deja transformar por el misterio en el que cree realiza mejor su condición de sujeto de la fe. Por un lado, conoce con mayor hondura el evangelio que proclama y, por otro, lo hace más creible ante el mundo. Aflora aquí el tema de la relación entre fe y amor, entre amor y credibilidad tal como aparece en el evangelio de San Juan [20].

"La fe está subordinada al amor, y el amor a la fe". El amor no es sólo fruto de la fe, sino condición de la misma: "el amor se lleva a cabo en la realización de la fe". Los judíos no pueden aceptar el testimonio de Jesús y acceder a la fe porque les falta el amor de Dios. "No queréis venir a mí para tener la vida. Yo os conozco y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios" (Jn 5, 40–41). Buscan recibir la gloria unos de otros y se desentienden de la gloria de Dios. Y así se les cierra el camino de la fe. Porque "el amor de Dios es la fe y la fe es el amor". Los judíos no aman a Jesús (Jn 8, 42); por eso no pueden creer en él.

En contraste con los judios, los discípulos han amado a Jesús y en ese amor se contiene la fe en su procedencia del Padre. "El Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios" (Jn 16, 27). La fe en Jesús implica amarle. La fe actúa por el amor (Gal 5, 6); pero el amor ya está activo en la fe. La Iglesia no sólo está llamada a ser comunidad de amor, sino que en la medida en que es comunidad de amor es comunidad de fe. Ciertamente el amor proveniente del Padre manifestado en la entrega del Hijo y derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo (Rom 5, 5) es siempre fiel a sí mismo, y mantiene a la Iglesia como comunidad de amor. Cierto también que Jesucristo, plenitud de las promesas de Dios, ha aceptado de forma plena y definitiva esas mismas promesas como Cabeza de la Iglesia (cfr. 2 Cor 1, 20). Y por eso la Iglesia es indefectiblemente comunidad de fe y amor, edificada sobre la piedra angular que es Cristo (Ef 2, 20). Pero el cuerpo de Cristo tiene que ser edificado "hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conoci-

20 En la exposición es constante el recurso al artículo de H. Schlier, "Fe, conocimiento, amor en el evangelio de Juan", en: *Problemas exegéticos fundamentales en el Nuevo Testamento* (Madrid 1970) 373-391.

miento del Hijo de Dios" y "abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquél que es nuestra cabeza, Cristo, por quien todo el cuerpo... va obrando su crecimiento en orden a su conformación en la caridad (Ef 4, 12–16). El crecimiento en la fe y el amor vigoriza a la Iglesia como sujeto de la fe.

El amor de los discípulos de Jesús –y la Iglesia es su discipulado– es participación y respuesta al amor con que él los ama, conduce al amor de los discípulos entre sí y los introduce en el conocimiento de Jesús. El amor a Jesús es obediencia y cumplimiento de su palabra y sus mandamientos. "Si alguno me ama guardará mi palabra" (Jn 14, 23). "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos" (Jn 14, 15). La observancia de los mandamientos revela el amor; pero es el amor el que hace posible el cumplimiento de las palabras de Jesús. El amor produce sus frutos, pero no se identifica con ninguno de ellos. "El que no me ama no guarda mis palabras" (Jn 14, 24). El amor a Jesús que se expresa en la fidelidad a sus mandamientos implica el amor a sus discípulos, porque " este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12; cfr. 13, 14). El amor de Jesús es la razón y el modelo del amor de los discípulos, y la condición para acoger el amor con que él los ama. "Si guardareis mis preceptos permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor" (Jn 15, 10). El amor de los discípulos que acogen por la fe el mandamiento de Jesús es un amor "hasta el fin", hasta la entrega de la propia vida (Jn 13, 1 ss; 15, 9 s).

El amor "actúa ya ocultamente en la fe y es al mismo tiempo como su superabundancia". Como el que cree "tiene vida eterna" (Jn 6, 47), el que ama ha pasado "de la muerte a la vida" (1 Jn 3, 14). Quien ama, vive y conoce a Dios. "La caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1 Jn 4, 7–8). ¿Cómo podría dar a conocer a Dios quien no ama? La Iglesia es la comunidad de quienes han "conocido y creído el amor que Dios nos tiene" (1 Jn 4, 13).

Permanecer en el amor de Dios es don y exigencia de la fe, y condición para crecer en ella. Se conoce a Jesús en la medida en que se le ama con un amor que incluye el amor al hermano y está abierto a todo el mundo (cfr. Jn 3, 16–17); porque es un amor que responde al amor de Jesús, obediente a su palabra y solidario con su destino. "El que me ama será amado de mi Padre, y yo también le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14, 21). Jesús se manifiesta mediante su presencia que acompaña la del Padre. "Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23). El conocimiento de Jesús, la verdadera experiencia de Dios se alcanza por el amor a Jesús y

a sus discípulos (cfr. 1 Jn 4, 12). Tal amor no se confunde con un mero sentimiento sin repercusión en la vida cotidiana; es un amor que impulsa a "vivir como él vivió" (1 Jn 2, 6) y es signo reconocible por quienes contemplan a los discípulos de Jesús. "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si tenéis caridad unos con otros" (Jn 13, 35). Ese amor visibiliza la unidad entre los discípulos y se convierte en testimonio de Jesús. "Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, para que también ellos sean uno en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21). La Iglesia, sujeto de la fe, es también comunidad de amor: del que Dios ha depositado en ella al darle el Espíritu Santo (Rom 5, 5) y del que ese mismo Espíritu suscita en ella como respuesta al amor de Dios.

5. *El misterio revelado y el lenguaje de la fe*

El misterio en que la Iglesia cree lo expresa la fe por medio de conceptos y palabras que participan de la limitación de todo lo humano. La mediación conceptual y verbal de la verdad revelada es necesaria, pero siempre inadecuada para significar el misterio de Dios. No sería posible la transmisión del mensaje recibido sin las proposiciones de fe en las que la Iglesia vierte su conocimiento de la verdad de Dios revelada en Cristo, el contenido de su fe; pero la realidad de la fe trasciende cualquiera de sus formulaciones.

Toda afirmación de fe remite más allá de sí misma; la verdad de Dios no se agota en ninguna proposición, las desborda todas. El acto de fe, como enseña Santo Tomás de Aquino, no se dirige a los enunciados en cuanto tales, sino a la realidad que en ellos se expresa: el misterio del Dios trinitario. Siempre cabe avanzar en la comprensión de los enunciados y la renovación del lenguaje de la fe, bien porque se descubren sus insuficiencias o porque se captan dimensiones nuevas de la verdad revelada. La historia es testigo del esfuerzo de la Iglesia por mantener incólume el depósito de la fe, en momentos de graves crisis doctrinales, con una indagación nueva del misterio y un renovado lenguaje de la fe; y también del lastre que han supuesto para el desarrollo de la doctrina cristiana determinadas posiciones intelectuales de los hombres de Iglesia y los teólogos. Como se trata no sólo de "ofrecer al hombre una doctrina en sí misma verdadera, sino también de ponerlo en relación con la realidad misma de la salvación y con su fuerza salvífica" no basta que una proposición sea verdadera; porque "puede pronunciarse prematuramente y sin amor, o ser poco útil para la auténtica vida cristiana de los hombres; puede estar formulada en un horizonte mental que dificulte injustificada-

mente la obediencia creyente" [21]. Una cosa es, en efecto, el depósito de la fe y otra la manera de expresarlo [22]; ambas deben distinguirse cuidadosamente [23].

Reconocer los límites del lenguaje y acoger el misterio, siempre inefable de Dios, son requisitos indispensables para progresar en la inteligencia de la fe y la renovación de sus formas de expresión. La Iglesia nunca puede olvidar que, en la misión de anunciar el evangelio, está incluída la exigencia de liberarlo de las imperfecciones aportadas por la limitación o el pecado de los hombres. La asistencia del Espíritu Santo que asegura la infalibilidad de la Iglesia en la profesión de la fe, no es garantía de oportunidad o de acierto en las formulaciones doctrinales. En algún caso pueden ser unilaterales, intempestivas, demasiado marcadas por la polémica. Nada de ello impide el reconocimiento sincero de la Iglesia como madre y maestra, por quien recibimos el evangelio y la vida que Dios nos ha dado en Cristo. "No sólo la fe del individuo es camino; también la fe de la Iglesia es un camino y un proceso, que frecuentemente pasa por interrogantes, crisis y sacudidas. Es creyente y católico no el que está incólume, o incluso en actitud orgullosa y arrogante por encima de todas estas dificultades, sino quien recorre el camino con toda la comunidad de los creyentes y contribuye, en la medida de sus fuerzas, al esclarecimiento y profundización de la fe. Precisamente como Iglesia peregrinante, que conoce el arrepentimiento, la Iglesia puede adquirir una nueva credibilidad" [24]. Aceptar la función insustituible de la Iglesia como sujeto y testigo de la fe y a la vez afirmar sus límites, significa reconocer la distancia y la vinculación de Cristo con su Iglesia.

La verdad que reconoce y proclama la fe no es un concepto abstracto, sino una persona, Cristo mismo (Jn 14, 16): la verdad es real en la persona de Jesucristo y de ella forma parte la historia [25]. Jesús se comprende a sí mismo desde la historia (cfr. Jn 8, 56; Lc 24, 27. 45 s). "La verdad va, pues, al encuentro del hombre en un movimiento que avanza históricamente, se desarrolla en él"; y alcanza su plenitud en el Resucitado. Sólo en él se encuentra ahora la plenitud de la verdad; "no existe en punto alguno de la historia, sino que hay que hallarla en la totalidad de la histo-

21 K. Rahner, "El magisterio eclesiástico", en: *Sacramentum Mundi* (Barcelona 1973) 395.

22 Juan XXIII, *Discurso de apertura del Concilio Vaticano II* (11 octubre 1962), n. 14.

23 UR 6.

24 W. Kasper, *La fe que excede todo conocimiento* (Santander 1988) 118 s.

25 En el comentario al documento sobre *La unidad de la fe y el pluralismo teológico* (1972) de la Comisión Teológica Internacional, este tema es tratado por J. Ratzinger, "Las dimensiones del problema", en: Comisión Teológica Internacional, *El pluralismo teológico* (Madrid 1976) 31 ss.

ria de la fe y en su tensión más allá de sí" [26]. Esto no significa la renuncia al carácter absoluto de la verdad, ni la aceptación de una pretendida historicidad de la verdad, sino reconocer con todas sus exigencias el hecho de que la Verdad se ha encarnado. La verdad no puede ser hallada de forma histórica, tanto si se pretende encontrarla directamente en la Escritura sin mediación eclesial, como si se la quiere aislar en un sistema conceptual invariable ajeno al desarrollo de la historia. Por eso, cuando se dice que la Iglesia es sujeto de la fe o lugar de la verdad, hay que entenderlo siempre de la Iglesia como sujeto transtemporal. Es "parte fundamental de la verdadera fe creer con toda la Iglesia en camino, aceptar su ayer abierto al mismo tiempo hacia su mañana" [27]. No se puede absolutizar ningún momento de su historia; hay que integrarlos todos en la historia de la fe. Otro tanto hay que decir de las distintas tradiciones eclesiales que conviven en un mismo tiempo. "El cristiano cree siempre inmerso en el todo de la historia, no sólo sincrónicamente sino diacrónicamente" [28].

Cuando la verdad del hombre y del mundo alcancen su plenitud, al ser transfigurados en Cristo resucitado y participen de su gloria, podrá el hombre contemplar a Dios "tal cual es" (1 Jn 3, 2) y conocerse cabalmente a sí mismo. Ahora el hombre conoce por la fe de un modo incipiente, pero real, la misma verdad de Dios que verá en la gloria; la verdad no será distinta, pero distinto será el modo de conocerla. La naturaleza escatológica de la verdad revelada se corresponde con el carácter anticipativo y simbólico de la fe, siempre en tensión hacia el Dios en quien cree y espera. La fe es siempre un creer esperanzado (Rom 8, 24). El carácter incoativo de la fe (el "ya" pero "todavía no" del conocimiento creyente) debe manifestarse en el modo de proclamar la fe. La Iglesia es depositaria de la verdad del evangelio, pero "tiende constantemente hacia la plenitud de la verdad divina" [29]. Por la fe la Iglesia posee un saber positivo del misterio de Dios; pero ante la profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios y sus inescrutables caminos (cfr. Rom 11, 33) se halla en una docta ignorancia. Decir lo que se conoce y callar lo que se ignora es muestra de verdadero amor al evangelio que se proclama. Buscar siempre, porque

26 Ratzinger, o. c., p. 32.

27 Ratzinger, o. c., p. 32.

28 *Ibid.* La tesis IV de la Comisión Teológica Internacional dice así: "La verdad de la fe está ligada a su caminar histórico a partir de Abrahán hasta Cristo y desde Cristo hasta la parusía. Por consiguiente, la ortodoxia no es asentimiento a un sistema, sino participación en el caminar de la fe, y de esta manera la participación en el Yo de la Iglesia que subsiste una a través de los tiempos y que es el verdadero sujeto de la fe" (o. c., p. 30).

29 DV 8.

es inmenso, al Dios que se ha hallado y que acrecienta la capacidad de quien le encuentra, para que le continúe buscando, es el camino incesante del creyente "hasta que se ponga fin a la búsqueda allí donde a la perfección no le quedan deseos de ir más adelante" [30]. Y el alma que vive "tratando y manoseando estos misterios y secretos de la fe, merecerá que el amor la descubra lo que en sí encierra la fe" [31].

La Iglesia, sujeto de la fe, está llamada a ser testigo de la misericordia de Dios mostrando al mundo "el escándalo y la locura" del misterio de Cristo, pero sin añadir escándalos que pudieran provenir de la temeridad de pronunciar palabras que oscurecen la palabra del evangelio o de transmitir certezas que no brotan de la fe. Para el cristiano respetar los "silencios de Dios", buscar con esfuerzo y paciencia respuestas a los problemas que plantean situaciones nuevas y atenerse a las exigencias de la razón, guiada por la luz de la fe, son exigencias de su condición de creyente.

6. *Doctrina, vida y culto en la confesión de fe*

La fe es respuesta del hombre al misterio de Dios revelado en Cristo, como verdad y vida, que se comunica al creyente con el don del Espíritu Santo. El contenido de la fe es el Dios trinitario que no sólo se nos ha dado a conocer sino que se nos ha comunicado para hacernos partícipes de su vida divina. Cristo no sólo anuncia el evangelio, sino que lo realiza en su persona. El es el evangelio: anuncia la buena noticia de la salvación que en él se cumple. Habla palabras de Dios y es la Palabra de Dios. Ha venido para que los hombres tengan vida, y él es la vida; a dar testimonio de la verdad y él es la Verdad. Creer en él significa no sólo reconocer la verdad de sus palabras sino acoger la realidad de su persona. Por eso la revelación de Dios en Cristo, transmitida en el mensaje de la fe, tiene una dimensión nocional, comunica verdades; pero es una comunicación real del misterio, que trasciende el conocimiento que se recibe.

Por eso la realización de la fe de la Iglesia implica la aceptación de una doctrina, pero no se agota en ella. El misterio en el que cree y del que vive está presente en ella. La Iglesia, sujeto de la fe, es una comunidad de creyentes que proclama su fe, la realiza en su vida, y la celebra en la li-

30 San Agustín, *Tractatus in Ioannis evangelium* 63,1: "Quaeramus inveniendum, quaeramus inventum. Ut inveniendus quaeratur, occultus est; ut inventus quaeratur, immensus est. Unde alibi dicitur 'Quaerite faciem eius semper' (Ps 104, 4). Satiat enim quaerentem in quantum capit; et invenientem capaciorem facit ut rursus quaerat impleri, ubi plus capere coeperit. (...).. quaerendo et inveniendo transimus, quo usque fiat finis quaerendi, ubi perfectioni non superest intentio proficiendi".

31 San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual* 1, 11.

turgia. "Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades todo lo que es y todo lo que cree". La tradición viva de la Iglesia conserva y transmite el misterio de Cristo, del que ella es sacramento, en la fidelidad a la doctrina apostólica, en el compartir toda clase de bienes en la vida cotidiana, en la escucha e interpretación de la Escritura, en la celebración litúrgica. La Iglesia es portadora del misterio de Cristo que se manifiesta y obra en el mundo a través de la institución eclesial; por eso ella misma es misterio, es decir, "realidad penetrada por la divina presencia" y siempre capaz de una autocomprensión nueva y más profunda. Existe una unidad indisociable entre lo que ella cree y lo que ella es; pero es más de lo que sabe de sí, porque es inagotable el misterio de Cristo que la habita. Por eso es posible una "fe creciente" [32] del pueblo de Dios, y "la tradición apostólica progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo" [33]. Sin menoscabo de la integridad e identidad de la fe recibida, se da un progreso que afecta a la realidad misma del mensaje, y en él participa la comunidad entera. La tradición progresa "porque crece la percepción de las cosas y las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (cfr. Lc 2, 19. 51); ya por la inteligencia íntima que experimentan de las cosas espirituales; ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad" [34]. El primer factor de progreso se atribuye a todos los fieles: incluye la contemplación y el estudio de la revelación, y la comprensión de su experiencia espiritual. El cristiano, iluminado y guiado por el Espíritu Santo, penetra en el misterio revelado y lo percibe en la vida cotidiana. En segundo lugar se señala la función peculiar de los obispos, dotados del carisma de la verdad, en la proclamación del mensaje. Se trata de realizar la comunión eclesial en todos los ámbitos de la vida cristiana: en la fe, la vida y la liturgia. De este modo "fiel al depósito de la revelación, todo el pueblo santo, unido a sus pastores en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, persevera constante en la fracción del pan y en la oración (cfr. Hch 2, 42), de suerte que prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida" [35].

32 DV 8.
33 *Ibid.*
34 *Ibid.*
35 DV 10.

La tradición apostólica comprende también todo lo necesario para una vida santa [36]. Cuando la fe creciente va acompañada de una vida santa, se consuma en el hombre la inteligencia del misterio y su participación en él. El viejo dicho: "la fe te pertenece en la medida en que la vives" capta bien la necesidad de asimilación vital del misterio para la verdadera inteligencia de la fe. Por eso la comunicación de la fe no puede ser mera información o adoctrinamiento, sino iniciación en el misterio de Cristo y encaminamiento hacia la comunidad que cree, vive y celebra ese misterio: la Iglesia.

7. *Conclusión*

El cristiano, sabedor de que su vida no es una existencia plenamente creyente, se remite siempre a la fe de la Iglesia, se nutre de ella, y se confía en ella a Dios que es su roca y su baluarte, a Cristo que es la piedra angular, al Espíritu que es fuerza y comunión. Cualquiera que sea su ministerio o carisma en la Iglesia, no confunde nunca la certeza y la seguridad de la fe con la solidez de sus propias ideas o la rigidez de un comportamiento que parece inmune a toda debilidad. "La existencia cristiana es existencia en la fe. Pero la existencia del hombre no se identifica plenamente con la existencia en la fe, porque la fe no informa totalmente la existencia del creyente: la incredulidad se esconde en su interioridad, no solamente como una amenaza, sino también como un insuperable defecto de empeño total en la respuesta misma de la fe. Por eso el acto de fe es indivisiblemente aceptación y plegaria: *creo, Señor, ayúdame en mi incredulidad* (Mc 9, 24). La fe comporta la confesión de sí misma como don de Dios. Si "nuestra fe es la victoria que vence al mundo", es porque "vence al mundo, quien cree que Jesús es el Hijo de Dios", y, finalmente, porque Cristo nos dice: "tened confianza, yo he vencido al mundo" (1 Jn 5, 4–5; Jn 16,33) [37].

36 DV 8: "La tradición apostólica encierra todo lo necesario para que el pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe...".

37 J. Alfaro, "Fe y existencia cristiana", en: *Revelación cristiana, fe y teología* (Salamanca 1985) 107.